

OTRAS RAZONES

EL SUEÑO PATRIÓTICO DE DANTE

No hay empresa intelectual más incesante, y más vana, que la de fundar las relaciones de poder en la vida de la razón. Cuanto más evidente es el fracaso de ésta para explicar la política, más se acentúa la pueril insolencia de justificarla con ella. Lo cual no significa que sean tan inconciliables entre sí como el agua y el aceite. Porque, vista su relación desde el punto de vista de la historia, no hay causa que haya dilatado tanto el espíritu humanista y el ámbito geográfico de la política como el impulso de la razón. A la pasión política le sucede como a la amorosa. Confinan la razón en los sótanos de la vivienda donde habitan los sentimientos que las nutren. Y reclaman su presencia en el salón de las desavenencias tan pronto como, mudos ya esos sentimientos, tienen que justificar, en causas objetivas, su predisposición a cambiar de pareja o de camisa, para volver a enajenarse con mayor amplitud de miras y de conciencia.

La razón certifica las causas de defunción de los sistemas de dominación irracional que operaron en el pasado. Las dictaduras. No la irracionalidad de la dominación presente. Las oligarquías. Pues la razón actúa a las órdenes del sentimiento preponderante. Y mientras éste no sea racional, por no brotar de las emociones universales de libertad e igualdad, aquella seguirá morando en las catacumbas de la ciudad. Cuando emerge de ellas, su doloroso fracaso nos deja al menos la indeleble huella de su emocionante desigmo. La racionalidad política fracasó como motor del Estado de un solo país, en Francia y Rusia, y triunfó como ideal de la humanidad. Las derrotas de la razón alfombraron, con humus negro de los campos de batalla, los caminos de la historia nacional que ensanchó y elevó nuestro instinto de animalidad territorial. La geografía cedió a la historia nacional su imperio sobre nuestras almas paisanas. Y ahora, acudiendo a ese instinto de conservación de la vida, la ecología se toma la revancha. Las historias de las naciones ceden su protagonismo a las geografías continentales que darán paso al nacimiento de la conciencia planetaria.

La historia universal no sigue los recursos de un destino. Pero sí los de sus causas. Y una de ellas, con seguridad la más profunda, es la rivalidad por los recursos naturales. El Estado de la Vieja Ciudad basó la esclavitud—con agricultura de regadío, navegación a vela, paganismo y filosofía natural—en la maestría técnica del uso directo de la energía solar. Los imperios del Estado nacional fundaron su hegemonía—con industria extractiva, fabricación de máquinas, cristianismo y economía mercantil—en el dominio de la energía solar acumulada en los bosques y entrañas de la tierra. La última guerra mundial dio el poder a los Estados Unidos—con su organización racional de la herencia europea—por su adelanto en la domesticación física de la energía solar con fines bélicos. El control cibernético de las fuentes de energía está dando lugar a Estados continentales que, sin fuerza muscular (paro) y cultura neutra (Dalmacio Negro), monopolizan los recursos del planeta.



¿Qué porvenir tendrá el patriotismo aldeano o nacional en esta proyección planetaria de la vida? Salvo en brutos irremediables el apego al paisaje y la familia de nuestra infancia, queridos porque son únicos, no porque sean

los mejores, abre de par en par las puertas de la lealtad hacia las querencias más libres, y por eso más nuestras, de la madurez. Sin esta apertura no se podrían compaginar los cariños a los vínculos del pasado (padres, patria, chica, tradición) con los amores a las fuentes de la felicidad futura (hijos, patria grande, libertad). Cuando la energía que carga sobre sus espaldas la tradición agrícola (Eneas), ni en la ambición de poder que la entierra en progresos industriales (Fausto). La frontera patriótica de la comunidad nativa encogerá y ensanchará el horizonte de las sinrazones históricas, hasta que la geopolítica de la vida intelectual haga del planeta la patria chica de la razón universal. El mejor sueño de Dante.

Antonio GARCÍA TREVILIANO

LA SOCIEDAD HIPERINDUSTRIAL

N. C.—léase nuestro ciudadano o nuestra ciudadana, que a efectos de esta minihistoria el sexo es indiferente—apagó el ordenador. Acababa de poner punto final a su último libro.

Además, tras viajar por Internet, había precisado, a través del correo electrónico sus pasajes y reservas de hotel para unos días de merecido descanso. Con deleitosa satisfacción se frotó las manos. Y pensó: es verdad lo que le hace años. Vivimos en la sociedad postindustrial, en la sociedad del conocimiento. Incluso se acordó de aquello que un estudiante alemán contestó, cuando le preguntaron cómo se encontraba su cuerpo y, muy perplejo respondió: «¿Mi cuerpo? No sé... creo que es algo que cuelga debajo de mi cabeza». Y es que N. C. también se sentía, flotando en el mundo de las nuevas tecnologías, liberado de lo material, instalado en el límpido mundo del conocimiento y la comunicación. Se imaginaba ya que le brotaban alas angelicas.

De repente sonó el teléfono, interrumpiendo el dulce éxtasis. Le llamaba el editor para comunicarle que había dificultades para publicar su libro, el precio del papel enca-



recía la edición, la renovación de las máquinas de fotocomposición aumentaban las dificultades económicas y, para mayor desdicha, una investigación de mercado había concluido que el tipo de colección en que publicaba N. C. resultaba poco rentable. Volvió a chillar el teléfono. Ahora era la agencia de viajes: se hacía necesario cancelar el proyectado itinerario, los «tours operators» habían copado las fechas de vuelo y los hoteles con sus viajes colectivos organizados. N. C., afortunadamente, pudo cambiar su proyecto por otro algo menos atractivo, aunque siempre grato. Mas, al día siguiente, no resultó tan agradable la espera en el aeropuerto, cuando les hicieron bajar del avión en que se había descubierto un importante fallo técnico. Y N. C. ya no se sintió como un alado ángel flotando en el espacio del conocer y la comunicación, sino como una ruedecilla atrapada en un complicado mundo de artefactos técnicos y exigencias de mercado.

Pocos tópicos tan simplificadoros y falaces—por ende de tan fácil éxito—como el lanzado allá por los años sesenta, entre otros por Bell y Touraine, según el cual vivimos en la sociedad postindustrial, en un mundo en que el conocimiento ha sustituido a la industria como fuerza rectora y clave de su dinámica. Cuando lo que realmente ocurre es lo contrario: la arrolladora invasión de la industria y del mercado sobre todos los territorios de la vida humana. Si antaño, originariamente, la industria se dedicó a producir los objetos exteriores con que enriquecemos nuestra vida—en el terreno bélico aumentamos nuestro potencial destructivo—, hoy dicha producción sigue a buen ritmo, impulsada, además, por las nuevas tecnologías. Las cuales ciertamente han generado una revolución en el mundo industrial, mas, en modo alguno, han declarado su finiquito. Por el contrario, han abierto todo un nuevo horizonte a la producción, desde los artefactos dedicados a la comunicación cotidiana, hasta los satélites artificiales y el «hardware» de la información.

Pero el fenómeno decisivo es el representado por la aludida oleada industrial, que ha inundado la vida humana, nuestro cuerpo, nuestra conciencia, nuestro ocio, nuestra existencia política. Toda nuestra corporalidad se encuentra regida por el imperio de las industrias, desde las alimentarias, que han desplazado y arruinado a las viejas agriculturas, para imponer su mercantilismo, con efectos terribles sobre el hambre en el mundo, hasta la industrializada sanidad, pasando por el deporte convertido en inmenso negocio industrial. Y, como toda la industria bajo el signo del capitalismo, transforma, buscando el beneficio, los bienes de uso en mercancías lejos de ser servido nuestro cuerpo se transforma en mera realidad mercantilmente explotable. Al par que, más íntimamente aún, nuestra conciencia es gobernada por la industria de la cultura, del ocio, del conocimiento. Tema, que en estos momentos dejo abierto, por si el lector quiere acompañarme en futuras reflexiones.

Carlos PARIS

EL ACENTO

Conspicuos politólogos analizan en estos días el vídeo de la intervención que el presidente del Gobierno realizó días pasados en Barcelona. No se trata, en contra de lo que se pueda pensar, de conseguir adivinar lo que Aznar quiso decir y si los cambios anunciados afectan sólo al partido o también al Ejecutivo, o al Ejecutivo y no al partido, o vaya usted a saber.

No. A Juan Bravo se lo han contado. Se trata de adivinar el por qué del cerrado acento catalán que en un momento de esa intervención se sacó de dentro Aznar y si la cosa va de mensaje, de simple contagio del ambiente o de cortesía a quienes le esta-

ban escuchando. Los referidos politólogos recomiendan poner el vídeo varias veces y cuando llega el momento, cuando Aznar dice que hará lo que tenga que hacer, cerrar los ojos. La sorpresa está garantizada. Unos piensan que habla el honorable Pujol y otros que es el presidente del Barça, José Luis Nuñez. La cosa tiene tela. Porque si se trata de complacer al socio parlamentario, pues muy bien. Pero si lo que hay detrás de todo esto es un acercamiento a los blaugranas, el análisis, dicen los politólogos, se torna asaz complicado y confuso.

Juan BRAVO



R+5 '99